



Vampiras

Antología de relatos sobre mujeres vampiro

Stephen King · Le Fanu · Leiber · Matheson y otros

Bajo la mirada cómplice de la Luna, «las damas de la noche» abandonan sus fríos sepulcros, sus estériles aposentos de la nada, y su cuerpo incorrupto, mortalmente bello y subyugante, se yergue en la Vida y se instala de nuevo en la Naturaleza... «La mujer Vampiro» subsiste gracias a la fuerza de los que todavía no han muerto, una fuerza que absorbe a través de su sangre, pues la sangre es vida. Debe chupar el aliento de aquellos que viven, o no podrá respirar. Debe beber su sangre, o morirá de hambre... Vaga en la noche alimentándose incesantemente de los vivos, reclutando nuevos miembros con que engrosar las horrendas filas de su estirpe maldita...

En esta antología se recogen los mejores relatos sobre mujeres vampiro que se han escrito a lo largo del tiempo. Desde "*La muerta enamorada*" de Théophile Gautier y "*Carmilla*" de Sheridan Le Fanu, hasta "*Roja como la sangre*" de Tanith Lee, pasando por Stephen King, Richard Matheson, Robert Bloch, Fritz Lieber y la época dorada de Weird Tales. Un viaje a las sangrientas criptas del terror primigenio en brazos de unas damas nada complacientes...

Vampiras

Antología de relatos sobre mujeres vampiro

Colección Gótica N° 79

Varios Autores

Vampiras

Antología de relatos sobre mujeres vampiro

Traducción

Albert Solé

Juan Antonio Molina Foix

Pablo González

Epublibre

2010

INTRODUCCIÓN

Por qué hay tantas «damas de la noche»

Las vampiras son uno de los temas más comunes y populares de los relatos de monstruos. Este libro contiene dieciséis ejemplos que abarcan ciento cuarenta y seis años, desde *Clarimonda* (1836) a *Roja como la sangre* (1979).

Se cree que el primer relato en que apareció una vampira fue *No despertar a los muertos*, que ha sido atribuido a J. L. Tieck. Después de haber sido antologado en 1823, hubo un mínimo de dieciséis ejemplos adicionales producidos por otros escritores del siglo XIX como Alejandro Dumas (*La dama pálida*, 1848) y Sir Arthur Conan Doyle (*El parásito*, 1892). Hemos incluido tres de los mejores: el ya mencionado *Clarimonda* de Théophile Gautier, *Carmilla* (1872), de Sheridan Le Fanu, que ha sido llevado varias veces al cine, y *El misterio de Ken*, un cuento de la víspera de Todos los Santos escrito por Julián Hawthorne (¿1888?).

El siglo XX ha presenciado la publicación de un número muy superior de relatos en los que aparecen vampiras. El más antiguo de los que hemos seleccionado es «Luella Miller» (1902), un relato de Mary Wilkins Freeman donde se describe a una vampira psíquica. Siete cuentos pertenecen a los años álgidos de *Weird Tales* (1923-1954) y *Unknown* (1939-1943): *Almas en pena*, de Seabury Quinn (1928), *La capa*, de Robert Bloch (1939), *Entre la nieve*, de August

Derleth (1939), *Cuando había luz de luna*, de Manly Wade Wellman (1940), *Herencia*, de David H. Keller (1947) y *La última tumba de Lill Warran*, de Manly Wade Wellman (1951). El relato más reciente es *Roja como la sangre*, de Tanith Lee, una revisión de «Blancanieves» a la que la autora le ha dado un considerable mordiente.

Si damos por sentado que los vampiros y las vampiras no existen (y es algo por lo que no apostarí mi vida), hay por lo menos siete posibles razones que explican su aceptación y popularidad.

Los animales y los insectos vampíricos existen en el mundo real. Entre los ejemplos están la hembra del mosquito y ciertas variedades de murciélagos y mariposas. Obviamente, esas criaturas le han servido de trampolín a la fértil imaginación humana.

Bruce Wallace (*Omni*, 1979) sugiere que el temor a los vampiros pudo originarse entre los moradores de las cavernas. Durante las primeras etapas de la enfermedad quienes habían sido mordidos por murciélagos rabiosos irían internándose cada vez más en la oscuridad para escapar a la luz. Durante las últimas etapas emergerían de ella convertidos en locos agresivos que intentarían morder a los demás. Las nuevas víctimas de sus mordeduras harían que el ciclo volviera a empezar. Saber reconocer a esas criaturas y evitarlas tendría un valor de supervivencia, por lo que es posible que, como resultado de la selección a lo largo de muchos siglos, esas características llegaran a formar parte de la herencia genética humana.

Basil Cooper (*The Vampire in Legend and Fact*, 1973) observa que a lo largo de la historia ciertos individuos profundamente perturbados han obtenido «una morbosa satisfacción física... bebiendo la sangre de los vivos o, —lo que todavía resulta más horrible— de quienes llevaban poco tiempo muertos».

Douglas Hill (*The History of Ghosts, Vampires and Werewolves*, 1970) sugiere que antes de la revolución médica

producida durante los últimos cien años el entierro prematuro pudo ser algo bastante frecuente. Cuando la gente moría inexplicablemente a causa de toda una variedad de plagas —entre otras cosas—, los aldeanos supersticiosos podían buscar vampiros desenterrando cadáveres. Los que «hubieran sido enterrados prematuramente despertaban en la tumba y morían intentando salir de ella sin conseguirlo», por lo que habrían sido encontrados en una posición distinta y con «una expresión terrible en sus rostros, y sangre en sus manos y en las uñas de sus dedos».

Para los adultos los relatos de fantasmas, vampiros y hombres lobo son una fuente de distracción y emociones que les hacen olvidar los asuntos cotidianos. Los padres pueden usar esas amenazas (como la del peligro que supone estar fuera de casa después del anochecer) para controlar la conducta de sus hijos. Para los que no pertenecen a ningún grupo o no pueden defenderse, aludir a una posible venganza sobrenatural quizá ofrezca una forma desesperada de protección.

Las razones que explican la popularidad de las vampiras parecen igualmente numerosas.

Entre los aficionados a la literatura fantástica hay un gran porcentaje de varones adolescentes que le tienen un miedo terrible a las mujeres jóvenes. (Véase la autobiografía de Fritz Leiber en *The Ghost Light*, 1984). Por lo tanto, la lógica del mercado hace que los relatos sobre vampiras siempre tengan buena acogida. Permiten introducir alusiones sexuales y ofrecen la posibilidad de caricaturizar a las mujeres convirtiéndolas en inciertas combinaciones de peligro y atractivo.

Los vampiros tienden a lograr sus fines mediante la seducción y la hipnosis, por lo que las hembras de la especie encajan en la tradición judeocristiana de Eva la tentadora. Los escritores también pueden utilizarlas sin verse obligados a enfrentarse con los problemas del tamaño y la fuerza.

Otros factores que han contribuido a ello pueden ser la estrecha relación existente entre las mujeres y la sangre; una tendencia a una mayor palidez de la piel como resultado de la moda, el que realicen menos actividades al aire libre que los hombres y una mayor posibilidad de sufrir anemias causadas por falta de hierro; así como una especie de simbolismo ying/yang que oponga a las señoras de la noche y los amos del día.

Aunque gran parte de lo que acabo de decir parece negativo, los relatos de vampiras también pueden tener características positivas. Ésa es la razón de que hayamos compilado esta antología. Un gran número de estos relatos poseen una gran capacidad de entretener: están bien escritos y cuentan con un buen argumento, personajes memorables e ideas originales. Algunos iluminan las desigualdades a que las mujeres deben enfrentarse en la vida, algunos permiten presentar mujeres fuertes y capaces de afirmar su voluntad ya sea de forma directa o comparativa, y algunos tratan temas típicos del feminismo en una forma revisada y trascendente que sorprenderá a quienes no estén familiarizados con ellos.

Charles G. Waugh

TÉOPHILE GAUTIER

La muerta enamorada

[Le Morte amoureuse]



Traducción de Pablo González

La muerta enamorada



Hermano, tú me preguntas si conozco el amor. Pues bien, lo conozco. Se trata de una historia singular y terrible y, aunque ya cuento con sesenta y seis años, casi no me atre-